

LAS OBRAS DE ARTE

De pronto y porque sí el Arte apareció en el mundo. Aurignac—Garona arriba—es un sitio primero de Arte. Habrá otros igualmente primeros, sin duda alguna. El feliz prodigio ocurrió al deshelarse los últimos glaciares, que cubrieron nuestro Continente, cuando la Tierra volvía a enseñar sus colores al Sol, y lucía recién lamidas formas nuevas.

El Arte apareció porque es pertenencia del hombre, haber suyo irrenunciable. Para el hombre es necesario el Arte ahora, y lo fue antes y lo será luego. No es concebible un mundo humano sin Arte. Y yo considero que las obras de Arte están puestas en el mundo para ser usadas por los hombres, por todos los hombres que pueblan el mundo.

El problema del por y del para con respecto a la razón de ser de la obra, es anejo a ella; pertenece intrínsecamente a la creación realizada, y se lo plantea siempre, consciente o inconscientemente, el creador de una obra. Existen creadores que crean para... Existen creadores que crean por... Hay infinidad de *paras* y de *pores*, siempre válidos, explicación, justificación, razón de ser última de la obra de Arte. Sin embargo, pienso que el creador crea, porque no puede no crear. La obra es la condensación exterior de su aliento creador, como el humo blanco es—a bajo cero—la condensación de

nuestro aliento de vivientes. Se haga blanco hielo, se aleje de nosotros en transparencia, nosotros hemos de alentar al debido ritmo, y el creador ha de intentar crear, logre obra o se malogre él mismo: tal es su ley de vida.

Si creyésemos a Picasso—que dice su verdad auténtica en su obra—cuando habla, su hacer creador no sería para él sino el mero ordenar plásticamente lo que se va encontrando en su interior, a veces; otras veces, la exposición exterior de lo que colecta limpiando a fondo su carena personal, que ha criado malos percebes, algas, criaturas y más criaturas encombrantes todas ellas para su travesía segura del vivir.

En otra rama del crear, Paul Valéry decía haber escrito su *Cementerio marino* por la necesidad imperiosa de dar salida, frente al mar, a un ritmo que le habitaba...

Bien creo que puede alargarse la lista de *Chirinos* en el "Retablo de las Maravillas", y decir que los creadores de Arte dan obras como "la encina da bellotas; el pero, peras; la parra, uvas; y el honrado honra, sin poder hacer otra cosa". Sin poder hacer otra cosa, el creador de Arte crea obra de Arte.

En una vertiente del vivir están los creadores, en la otra estamos los demás nacidos, los necesitados de las obras de Arte

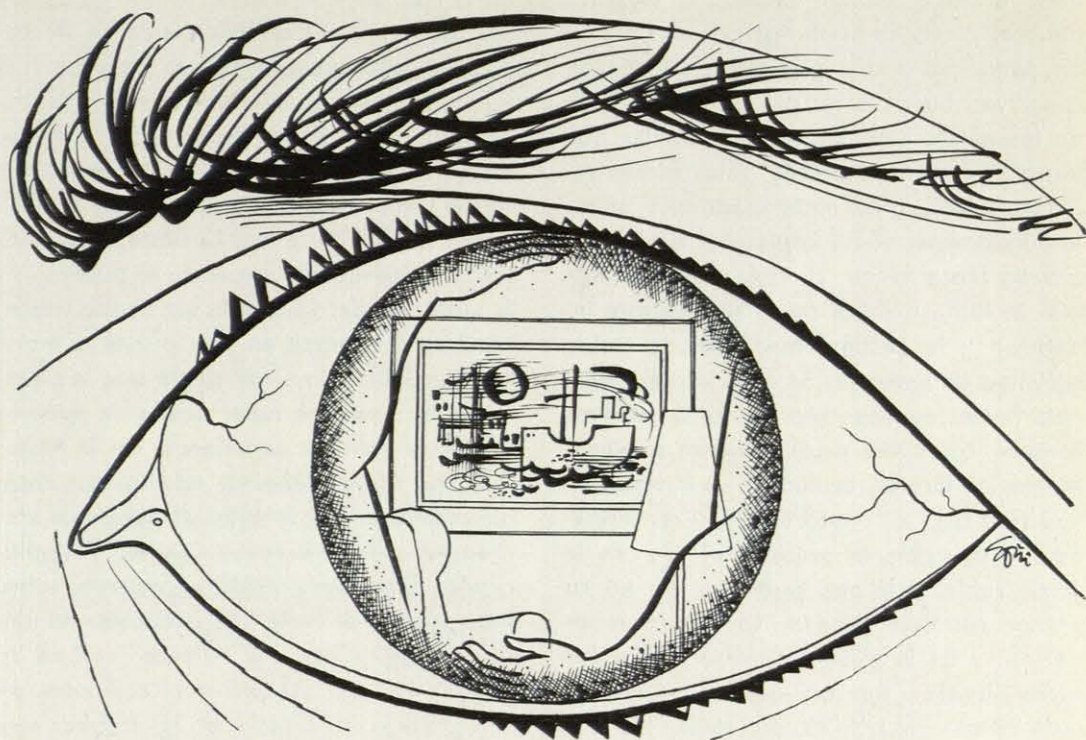
para vivir del todo humanamente: somos los usuarios del Arte.

Nuestro tiempo ha sabido crearnos una serie de necesidades, antes inexistentes y que hoy son absolutamente vitales para la materialidad de la vida. Pero no se ha suscitado suficientemente la necesidad de una auténtica convivencia con las obras de Arte. Porque a mí me parece que es vital exista en las viviendas aire respirable, agua con presión, luz clarísima, espacio que no angustie... y con libros y música que lo sea, obras de Arte.

Pronto se sabrá perfectamente que, para crecer, una criatura humana necesita además de sustancias bioquímicas, además de ejercicios corporales, además de las capacitaciones usuales, etc., una especial preparación, que haga para ella posible la necesaria convivencia cotidiana con el Arte, presente en el hogar gracia a una o varias obras de Arte.

Si el hombre sigue viviendo en ciudad, será preciso también preparar a los niños, en un futuro muy próximo, para su enfrentamiento con el mundo de tierra no mano-seada, con el mundo vegetal silvestre, y el mundo animal que alienta suelto, descontadas las ratas, que al parecer son las inextinguibles y siempre presentes acompañantes del hombre-en-ciudad.

El saber enfrentarse con el mundo vege-



tal, con el de tierra no cimentada, y con el construido y creado por la inteligencia creadora del hombre, da por resultado un seguro mejoramiento de la persona humana: supone un enorme enriquecimiento de la propia personalidad en cada individuo, que socialmente resulta ser más apto para la convivencia. Todo ello es sabido por cuantos se preocupan por el mejoramiento de la humana residencia en Tierra.

Digo que las obras de Arte son cosas convivibles; sólo es necesario saber escoger la oportuna obra para cada persona.

Es cierto que, gracias a la prensa, a la T.V., a los carteles, cartelas y cartelones—que ignoro por qué razón han cambiado su nombre común por el de *posters*—hoy día se ofrecen a la contemplación de las gentes, a toda hora y en todo lugar casi, obras de Arte maestras famosísimas. Y por muy poco precio, y por la vía de eso que se llama turismo, cabe llegar a enfrentarse personalmente con muchas de las Grandes Obras de Arte del Universo. Lo cual es sin duda muy conveniente, pero es asimismo insuficiente. Prueba es que no ha crecido el número de residentes en nuestra ciudad, que hagan cola a la puerta de Museos y Exposiciones. Tampoco me parece que el sentir individual y colectivo de los habitantes de nuestra ciudad se haya afinado lo que debiera. Siguen siendo minorías reducidas las que sienten necesidad de tener en sus hogares obras de Arte y libros. Lo cual acaso proceda no sólo de una falta de preparación receptiva en las personas, sino de un exclusivismo excesivo con respecto a la discriminación de lo que sea obra de Arte. (Me refiero, naturalmente, a las obras de Arte dentro de las Artes plásticas, que sean transportables.)

Acaso existe, por otra parte, una confusión por falta de señalamiento. Y es que durante muchos años se ha venido diciendo—y no era del todo un decir equivocado—que cualquier persona, a domicilio y a poca costa, sin más que un cuenco de cerámica o de paja, dos hojas y cardo, tres tomates... y sus manos y gusto particular podía componer un perfecto bodegón. La verdad verdadera es que con ello se crea una presencia perfectamente grata, pero no una auténtica obra de Arte. Hace falta un más. Porque entre un arreglo ocasional, por afortunado que sea, hecho con elementos cotidianos o

no tan cotidianos, y una auténtica obra de Arte, hay la misma diferencia que existe entre las bien compuestas a la vista ensaladas y las *Odas elementales* de Pablo Neruda. O, si se prefiere, el mismo desnivel que categoriza, respectivamente, los dibujos infantiles, por mágicos que parezcan, y los dibujos de Juan Miró, por ingenuos que pretendan ser. (Las preferencias personales no hacen al caso.)

Pienso que los más deben llegar a sentir cómo hay más Arte que el ya famosísimo, que tiene tradición, está del todo prestigiado, goza de fama universal y ha sido divulgado a los cuatro puntos cardinales por cuantos medios de divulgación hoy existen para bien de todos.

Además de este Arte hay un Arte *menudo*—desconocido, poco conocido, conocido de pocos—que bien pudiera usarse individualmente, a domicilio, en muchas, muchísimas ocasiones. Aludo a la obra que sus propios grandes autores denominan "*menor*", y a la obra toda de los artistas que lo son, y están creándola, o ya la crearon, pero que todavía no han atraído sobre sí los focos de T.V., y otros *confiere-laureles* del día semejantes. Estas obras de Arte—que lo son auténticamente—resultan perfectas para convividas en el hogar, para convertirse en un nuevo y bienvenido morador más de la vivienda, gratísimo, y de utilidad máxima.

La presencia de una obra de Arte en la habitación en que pasamos horas de nuestra vida, las más verdaderas, o las que deberían serlo, nos abre un posible mundo, distinto al cotidiano, en el que todo adquiere mejor resonancia, y nosotros mismos mejor presencia. No es ningún hecho sorprendente ni extraordinario. Todos sabemos que entre personas y cosas existen lazos y vinculaciones reales, y cuando la cosa es una obra de Arte, el resultado de la mutua convivencia es muy valioso en ocasiones, y nunca considero que sea perjudicial.

Es valiosa la presencia de una obra de Arte en el recinto en que vivimos la verdadera vida personal, porque ante todo es un bello comprobante indiscutible de que el hombre tiene capacidad de crear. Crear partiendo no de la nada—es evidente—, sino de su inteligencia personal, de su sensible

y consciente mente creadora. No hace al caso que su talento sea máximo o mínimo: importa que sea talento creador, y que dé muestra en obras de su capacidad.

Frente a toda la bruta acción de los hombres, y a la crueldad sádica reinante, la obra de Arte dice que en el hombre hay también esta posibilidad digna, suprema, de crear con y por la propia mente. La obra de Arte nos habla en un idioma del todo humano acerca de lo más noble que hay en el hombre humanamente hablando. Y lo hace del modo más grato y en el momento más discreto con su nuda presencia. Poco tiempo ocupa en el cotidiano vivir la presencia de una obra de Arte en el hogar, pero convierte el tiempo largo o breve de nuestra permanencia en el hogar en mejor tiempo de vida—lo dignifica, lo densifica. Esto mismo hacen el libro o la persona superior y sabia, o la música que lo sea, pero requieren que les confirmemos más tiempo, más atención continuada. El mejoramiento de la atmósfera humana en un hogar lo consigue por sí misma una pequeña, muy modesta obra de Arte, que sea en verdad convivida por quienes en el hogar viven. Su presencia, de por sí, potencia nuestro vivir personal.

Supuesta la debida y fácil preparación de las "*inmensas minorías*" de millones de criaturas para la convivencia con el Arte, para el uso individual, personal, cotidiano y en la morada propia de la obra de Arte, creo que acontece en la ocasión lo mismo que en la magia del gallo negro, que pone a nuestro servicio incondicional a un buen diablo, servidor bien educado, que se desvanece con un mero inicio del signo de Cruz. Es la magia ciprianesca, y consiste en ahorcar una noche de plenilunio a un gallo negro, con la cresta bien roja, y mediante un verde cordel. El gallo ha de ser sacrificado a medianoche, en el punto medio de una encrucijada de caminos que se pierdan en bosque oscuro muy pronto. Todo lo cual parece sencillísimo; pero ya el mismo mago Cipriano reconoce que el punto grave está en conseguir el gallo debido, porque ha de ser robado a mediodía, y secuestrado hasta medianoche. ¿Quién será capaz de robar el gallo? ¿Dónde? ¿Cómo? Quiero decir, ¿cómo es pensable que la modesta—mezquina por nuestro mal—economía nuestra permita

que en nuestras viviendas haya auténticas obras de Arte?

Existen obras de Arte cuyo precio no supera el de otras muchas cosas que para el hogar se adquieren.

Existen hoy excelentes reproducciones que sirven perfectamente para crear en la persona la debida tensión de Arte que se busca. Son reproducciones comparables a las del sonido. Si buen papel desempeña el disco, buen papel desempeña también la reproducción digna. Ella, y su buena colocación en el hogar, sirven para el caso de una economía muy deficiente. (La buena colocación es fácil de lograr. Allí donde parezca que la obra de Arte creció por sí misma, allí debe estar situada. El Arte tiene esto de vegetal salvaje, que aposenta sus obras como si vivo estuviera en el lugar más conveniente para ellas: también las malas crecen en los mejores terrones.

Además, este problema ya se ha planteado, y empezado a solucionar, fuera de España. Existe en otros países el préstamo a domicilio de obras de Arte. Y no para un día y una fiesta, sino para varias semanas de cotidiano vivir. Por una cantidad mínima—cuota constante en general—los afiliados a este nuevo servicio de préstamos pueden tener en sus hogares obras de Arte el tiempo que se determine, y el número de ellas que se acuerde. Así como hay bibliotecas circulantes, hay también museos circulantes. No creo que se han señalado desfueros que impidan esta circulación.

Cosa si cabe más grata, todavía, es el que algunos creadores—menores y aun grandes—hayan cedido a muy bajo precio obras suyas a los llamados grandes almacenes. Y estas obras se venden sin ganancia alguna por parte del almacén. Parece como si al cabo el Arte se considerase materia prima del vivir absolutamente irrenunciable.

Una de las cosas que siempre me sobrecogió, por injusta a mi entender, es que la gente alejada del mundo de las Artes tenga cerrado el paso a una posible convivencia íntima cotidiana, hogareña con las obras de Arte. Y es problema que casi nunca se ha suscitado entre nosotros, donde siempre se buscó llevar a las gentes a los Museos, pero no los Museos a las viviendas. Los Museos no son para todos los días. Pero nuestros mismos Museos están saturados de obras

de Arte que almacenan en cantidades sorprendentes. ¿No habría algún Museo valiente que pusiera en circulación, en préstamo temporal, unas cuantas obras de Arte para establecer un primer fondo de préstamo domiciliario de las mismas?

Las obras de Arte son para usadas, no para almacenadas.

Las obras de Arte son para convividas, no para adornar espacios.

Las obras de Arte no son para explotadas en esa terrible trata de Arte que hoy existe.

Las obras de Arte existen para usadas de modo justo, debido, recto, de manera que ese uso acreciente la humanidad de quienes lo mantienen. Existen las obras de Arte para que en nuestra convivencia personal con ellas ganemos todos: ellas vida y nosotros dignidad humana.

Foto Gómez.

